CAPITULO XIII

DEBEMOS SOMETERNOS A LA VOLUNTAD DE DIOS, PORQUE SIEMPRE HACE LO QUE ES MEJOR PARA SU GLORIA.

Y porque siempre hace lo que es mejor para nosotros.

DEBEMOS SOMETERNOS A LA VOLUNTAD DE DIOS

Debe el cristiano sujetarse a la voluntad de Dios en todas las contingencias de la vida, porque nada acontece que no sea por voluntad de Dios; y como ésta es infinitamente sabia y prudente, dispone siempre lo que es mejor para darle gloria.

Que Dios interviene en todos los acontecimientos de este mundo nos lo enseña el Evangelio en aquellas palabras:

"No cae un cabello de vuestra cabeza, ni se mueve la hoja del árbol sin la voluntad de Dios."

Como diciendo: si en cosas tan insignificantes como éstas interviene la voluntad de Dios, ¿cuánto más no será en las de mayor importancia?

El bien y el mal se suceden dentro de los planes de la voluntad divina.

"¿Hay algún mal en la ciudad, dice el Profeta Amós, que el Señor no lo haya enviado?"

"Yo soy, dice Dios, quien hace la luz y las tinieblas, la dicha y la infelicidad.

Lo único que Dios no hace ni puede hacer, ni quiere en manera alguna, es el pecado, porque es el único

verdadero mal; pero lo permite y, como dice San Agustín, es Dios tan sabio y poderoso que del mismo mal saca bien.

Y así vemos, por ejemplo, que condena el Señor y castiga la envidia de los hermanos del casto José; pero la permite para prueba del mismo José y para ejecutar los designios que sobre él tenía trazados.

No quiere Dios la maldad ni el sacrílego deicidio de los judíos; pero quiere la muerte de su Hijo y la redención del género humano.

De igual manera Dios castigará esta o aquella injusticia que se nos hace; pero quiere la pérdida y aflicción que nos causa como conveniente, y tal vez necesaria, para librarnos de algunos peligros, purificarnos y santificar nuestras almas.

Lástima grande es que en estos casos muchos cristianos, juzgando humanamente lo que Dios les envía, no ven la mano de la Providencia ni entienden el beneficio que aquello les ha de reportar si lo aprovechan; y así se quejan, murmuran y hasta protestan de la Providencia de Dios que les aflige; como un niño enfermo que se queja de su buena y solícita madre porque le obliga a tomar medicinas amargas o le somete a curas dolorosas.

¿Y de esta suerte, tan sin juicio hemos de proceder los cristianos?

Si pensamos en tales casos que la queja equivale a decir: Dios quiere esto, pero a mí no me gusta, yo no lo quiero; a mí esto me humilla y yo no tolero que se rían de mí, yo por aquí no paso, esto ya es demasia-

do.

¿Quién se atreverá a decir esto?

Y, sin embargo, en la práctica, ¡cuántas veces nos quejamos!

Hemos dicho que Dios hace siempre lo que es mejor para su gloria.

La primera regla de prudencia es elegir los medios más proporcionados para conseguir el fin que se pretende.

El fin de todas las obras de Dios es su mayor gloria.

¿Podemos pensar que faltará a esta regla elemental de prudente conducta, siendo Dios la Sabiduría y Prudencia infinita?

Dios dispone suavemente todas las cosas, pero con fortaleza y seguridad en orden al fin que se propone.

Para salir con su intento sabe sacar luz aún de las mismas tinieblas, y camina seguro hacia su fin por medios que parecen los más contrarios.

Por cárceles y prisiones, conduce y eleva a José al trono en Egipto; con barro aplicado a los ojos, cura al ciego del Evangelio, y por el mayor de los pecados, el deicidio de los judíos, obró la redención y quita el pecado del mundo.

Adoremos, pues, con el mayor respeto y veneración las disposiciones de su oculta Providencia; sujetemos nuestro juicio al suyo, creyendo que todo cuanto dispone (aunque nuestra pobre razón no lo alcance) es lo mejor para cumplir su plan, para su mayor gloria.

¿Puedo, sin impiedad, dudar de esta verdad tan

clara?

¿Puedo, sin ser infiel a la gracia, dar oídos a los razonamientos humanos que quieren prevalecer contra las luces divinas de la Providencia?

Y, sin embargo, mis impaciencias en los males y trabajos de esta vida, las quejas y murmuraciones y enfados por los genios opuestos que el Señor junta para mutuo ejercicio; mi poca sumisión a lo que llamamos casualidades que me acontecen por disposición de Dios, denotan que no acabo de persuadirme que en todo obra el Señor y siempre dispone lo que más conviene para su gloria.

DIOS DISPONE SIEMPRE LO QUE ES MEJOR PARA NOSOTROS

Dice el Real Profeta: "La mano piadosa del Señor nos lleva y conduce"; su corazón mueve a su mano, y a su corazón, su paternal amor.

¿Qué podemos temer, o mejor, qué no debemos esperar de un corazón que nos ama con amor infinito, especialmente cuando nos sometemos a su voluntad divina?

Dios es nuestro Padre, y desea tanto que nos penetremos del espíritu filial de confianza, amor y docilidad, que quiere que comencemos todos los días nuestra oración dándole el título de Padre.

Si es nuestro Padre, ¿no querrá siempre nuestro bien?

Y cuando alguna vez nos castiga, ¿no será para

nuestra enmienda y aprovechamiento?

Si parece que nos hace mal, siempre es por hacernos bien.

Si nos separa de las personas o cosas que dividían con Dios nuestro corazón, es por atraernos y unirnos más a El.

Si nos hace perder los bienes temporales, es porque prevé que nos expondrían a perder los bienes eternos.

Si parece que se olvida algunas veces de nuestros intereses o conveniencias materiales, es para mejor procurarnos los celestiales.

Y ¿qué nos debe tener más cuenta, esto de aquí tan breve o lo de allá, que es para siempre?

Así lo debemos juzgar ahora, pues así lo veremos a la hora de la muerte, y más aún en el cielo, donde por toda la eternidad daremos gracias a Dios por todas las aparentes desgracias que nos ocasionaron tanto bien.

Si amamos, pues, de veras a Dios y a nosotros mismos, debemos someternos en todo a la voluntad divina, que de esta suerte procura siempre nuestro mayor bien y lo que más nos conviene.

Ora sea en lo referente a los acontecimientos de nuestra vida, ora sea en lo que atañe a la muerte y todas las circunstancias de la misma.

Por lo que hemos de animarnos con el mayor esfuerzo, a no dar entrada a quejas y murmuraciones, ni admitir el menor sentimiento contrario a lo que Dios dispone, poniendo toda nuestra felicidad en que se cumpla en todo y por todo su voluntad santísima, y

cifrando nuestra perfección en sujetarnos enteramente a sus órdenes y disposiciones, repitiendo siempre en nuestra oración:

"Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo."

CAPITULO XIV

PERFECCION CRISTIANA.

Amar a Dios sobre todas las cosas.

PERFECCION CRISTIANA

Todo cristiano,en virtud del principal mandamiento, está obligado a amar a Dios sobre todas las cosas; no amarle así es lo mismo que no amarle, porque Dios ha de ser amado como Dios, esto es, con amor de preferencia.

El amor de Dios es de tres maneras:

1.º Amor de estima y **complacencia** por sus perfecciones.

2.º Amor de **agradecimiento** por los beneficios recibidos.

3.º Amor interesado por los beneficios que esperamos de su infinito poder y liberalidad.

Ahora bien, así como las perfecciones de Dios son infinitas y lo elevan infinitamente sobre todas las criaturas, es necesario también que el amor de estima y complacencia con que amamos a Dios (que se llama amor apreciativo) se eleve y remonte infinitamente en cuanto podamos sobre el amor que tenemos a las criaturas.

Si nos diéramos cuenta de que nuestro Dios, cuya naturaleza es la Bondad, es el Amor eterno, único capaz de saciar las ansias de nuestro corazón; es la

Verdad eterna, manantial inefable de toda ciencia y sabiduría, es la Hermosura increada de donde procede toda la belleza que admiramos en la creación; es el Principio de todo cuanto existe, el Creador, el Omnipotente; que es nuestro Padre que nos ama con amor inmenso y quiere hacernos eternamente felices.

Si le conociéramos cuanto somos capaces ahora de conocerle con su gracia, volaría nuestro corazón y nuestra alma hacia El de tal manera, que no buscarían jamás saciar su sed en las cisternas rotas de los cariños humanos.

Hallarían en El la saciedad de todas sus aspiraciones que en vano se busca saciar en las criaturas.

Entonces sería en verdad apreciativamente sumo nuestro amor a Dios.

De igual manera, por los beneficios innumerables, continuos y excelentes que hemos recibido de Dios, debemos profesarle tal amor de agradecimiento, que supere en mucho al que tenemos a las personas que más nos hayan favorecido.

Basta para ello recordar que Dios nos ha creado por amor de predilección; que cuida de nosotros con su Paternal Providencia; nos ha elevado y unido a El por la gracia; nos ha perdonado tantas veces; que, no contento con estar por nosotros en el Sagrario, mora en nuestra alma como en sagrario vivo; que, a pesar de nuestras miserias, tiene empeño en santificarnos para nuestro bien eterno.

Y nuestro agradecimiento subirá de punto si reparamos con detención en que, sabiendo el Señor que

otras almas le hubieran correspondido mejor que la nuestra, no les ha concedido tantas gracias y nos ha preferido, esperando que algún día nos daríamos cuenta de su amor de predilección y le corresponderíamos al fin con ardiente amor de agradecimiento.

¿Será llegada la hora?

Además, como los bienes que esperamos de Dios en el cielo son eternos, inefables y mucho más de cuanto podemos imaginar, es necesario también que el amor interesado que tenemos a Dios sea tan excelente que nos haga estimar en más y preferir este Soberano Bien a todos los bienes de la tierra.

Por eso dice San Gregorio Magno que "si consideramos la verdadera felicidad, suma y eterna, que se nos promete en el cielo, nos resultan luego viles y despreciables todas las cosas de la tierra."

Morar dichosamente entre los coros de los ángeles; participar y gozar de la gloria del Dios Creador con todos los Santos y bienaventurados; contemplar a Dios de cerca y cara a cara; ver su luz inmensa e increada, sin temor alguno, ya de morir ni de perder tanta felicidad que llena y sacia las aspiraciones todas del alma.

Al meditar esto, el alma del cristiano con fe viva se enardece y desea llegar a donde le espera una felicidad completa y sin fin.

Este amor a Dios nos debe llevar a preferirle a todo, a amarle más que a nuestros padres, parientes y amigos; más que a nuestros intereses, gustos y sosiego; más que a nuestra salud, fama y reputación, y aún más

que a nuestra propia vida; de tal manera que hemos de estar dispuestos a perder todo esto antes que perder a Dios.

Por lo mismo, debemos tener todos estos bienes por verdaderos males, desde el momento que nos pongan en peligro de perder el único bien, en peligro de perder a Dios.

En esta disposición se hallaba el Apóstol San Pablo cuando decía que las cosas que él tenía por ventajosas antes de conocer a Jesucristo, después que comenzó a amarle, las había tenido por verdaderas pérdidas.

Y como a la posesión de los grandes y eternos bienes no se puede llegar sino por grandes pruebas, este amor de que hablamos nos ha de poner en disposición no sólo de perderlo todo antes que perder a Dios, sino también de sufrir y pasar por su causa todos los males de pobreza, enfermedad, afrentas, dolores y aún la misma muerte.

Así dispuesto se hallaba también el Apóstol cuando retó a todos los males, diciendo:

"¿Quién será capaz de separarme de Dios y hacerme perder la caridad? ¿Será acaso la tribulación, las angustias, etc.?"

Aunque el Señor nos quiere en esta disposición, no pide a todos grandes sacrificios, ni actos heroicos, ni el martirio; pero sí que nos quiere a todos fieles y generosos en las ocasiones que El nos presente, que por cierto no serán nunca superiores a nuestras fuerzas.

Y dice San Agustín que el "ser fiel **siempre** en las cosas pequeñas es cosa grande"

Aspiremos, pues, a la grandeza de la **constante fidelidad** en las cosas pequeñas de cada día por amor a nuestro buen Dios.

Y notemos, finalmente, que este amor apreciativamente sumo, que debemos a Dios, no ha de ser sumo en el sentimiento, sino en la voluntad.

Así, por ejemplo, una madre cristiana, que vive según este espíritu, sentirá más el amor a sus hijos que el amor a Dios, y, no obstante, contrariará muchas veces la voluntad de los hijos para no quebrantar la voluntad de Dios; y aceptará resignada la separación y la muerte de ellos porque es voluntad de Dios.

Donde se ve que aunque siente más el amor de los hijos, es mayor en su alma el amor de Dios.

Por eso decimos que el más subido amor no está en el mayor sentimiento, sino en la predilección de la voluntad.

¿Tengo mi voluntad así dispuesta a no quebrantar por nada ni por nadie la voluntad de Dios?

MEDIOS PARA CONSEGUIR EL IDEAL.

¿Qué medios hemos de cumplir para seguir el camino de la voluntad de Dios sin desfallecer hasta el fin?

Pueden reducirse a tres: 1.º, vida eucarística (cap. XV); 2.º, devoción y fidelidad al Espíritu Santo (Cap. XVI), y 3.º, devoción a María.

CAPITULO XV

VIDA EUCARISTICA.

1.º Vivir siempre en gracia: base de la vida cristiana y disposición constante para comulgar.
2.º Tratar a Jesús en la oración: nutrir y avivar la fe.
3.º Sagrario, comulgatorio y altar.
4.º Ser lirio entre espinas.

PRIMER MEDIO

VIDA EUCARISTICA

La vida eucarística pide al cristiano:

a) Vivir siempre en gracia.

b) Tratar con Jesús en la oración.

c) Sagrario, comulgatorio y altar.

d) Ser lirio entre espinas (pureza, mortificación).

El centro de la vida cristiana ha de ser Jesucristo, presente entre nosotros en la sagrada Eucaristía.

Con la misma avidez y afecto santo con que los primeros discípulos acudían a Jesús para recibir su doctrina y espíritu, y le seguían (no obstante la indiferencia de unos, las dudas de otros y el odio de los enemigos), así deberían los cristianos ahora acudir a Jesucristo, Dios Redentor, presente en la Eucaristía en cuerpo, sangre, alma y divinidad; no como una santa reliquia, sino como persona viva, que quiere ser tratado como persona.

Fijémonos un poco: ¿Está o no está Dios ahí en la Eucaristía?

¿Está o no el mismo Jesús del Evangelio?

Si está, como es cierto y creemos por la fe, ¿no me-

rece más de nosotros?

¿Hacemos lo que debe hacer un cristiano que sabe que su Dios está ahí por él?

¡Cómo resalta la cruel ingratitud o indiferencia de los que prescinden de su Dios presente en la Eucaristía!

En muchos sagrarios se ve obligado a repetir aquella amarga queja:

"Busqué quien me consolara y no lo hallé."

Resalta más la ingratitud si nos fijamos en que el señor se quedó con nosotros:

1.º Para no dejarnos huérfanos: Se queda, pues, como padre entre sus hijos, y ve que muchos hijos no le hacen caso.

2.º Porque tiene sus delicias en estar con nosotros y ve que nosotros no tenemos nuestras delicias en estar con El.

3.º Para dar vida, y vida abundante a nuestro espíritu.

Y ve a tantas almas que arrastran una vida lánguida, llena de imperfecciones; y otras almas muertas, sin la vida de la gracia, porque se olvidan de comer su pan eucarístico.

4.º Instituyó la Eucaristía precisamente la noche en que había de ser entregado; dándonos así la prueba más grande de su amor.

Amar es **darse.** Y Jesús se dio a nosotros en la Eucaristía y por nosotros, a la Pasión.

"Nos amó y se entregó por nosotros."

¡Y ver que su amor no es correspondido...!

¡El amor no es amado!

5.º Finalmente se quedó: Sabiendo las negaciones y sacrilegios de los herejes; las blasfemias de los impios, las irreverencias y el desamor de los suyos.

Teniendo todo eso presente, se quedó esperando el amor de gratitud y de reparación de las almas eucarísticas.

Por este amor lo sufre todo y lo da todo por bien empleado.

¡Cuánto le agradan y cómo forman sus delicias las almas eucarísticas!

A muchas almas llama Jesús a las puertas de su corazón, invitándolas a una vida más cristiana y más eucarística.

VIVIR SIEMPRE EN GRACIA

Lo primero que pide al cristiano la vida eucarística es estar siempre dispuesto para comulgar y ser un sagrario vivo; y para ello ha de vivir siempre en gracia.

Esta vida en gracia es precisamente la que Jesucristo da y conserva a las almas que dignamente le reciben.

Sin comulgar difícilmente podrá el alma conservar el tesoro de la gracia.

La comunión es el alimento del espíritu, con el que recibe las fuerzas necesarias para ser fiel durante el día, rechazar las tentaciones y cumplir con su deber.

TRATAR CON JESUS EN LA ORACION

No se puede vivir vida eucarística sin ser **alma de oración.**

La oración es tratar con Dios; ahora bien, si el alma en tanto es eucarística en cuanto se da al trato con Dios en la Eucaristía, necesariamente ha de ser alma de oración.

La operación aviva la fe y enardece el fuego del amor a Dios.

Por eso, a más oración, más vida eucarística.

Pero si llega a faltar la oración, caerá el alma en la tibieza y en la rutina.

Por faltar a muchos cristianos su rato de oración, languidece su fe, es rutinaria su piedad y llega su espíritu a ser una desolación.

"Si el mundo es una desolación, es porque apenas hay quien haga oración."

La vida eucarística viene a remediar este mal.

SAGRARIO, COMULGATORIO Y ALTAR

A medida que se aviva la fe del alma en la oración, el cristiano se aficiona más y más a estos tres santos lugares:

Sagrario, comulgatorio y altar.

Al **Sagrario,** para visitar a su Dios que está allí, no de paso, sino deseando nuestra convivencia.

De ahí la práctica de la visita o visitas diarias a Jesús en el Sagrario, para hablar con El de corazón a co-

razón y acompañarle con fe, amor y confianza.

Ha de ser una verdadera obsesión de toda alma eucarística el repoblar los sagrarios.

Dar y buscar compañía a Jesús en el Sagrario.

Que desaparezca esa vergüenza de los sagrarios abandonados, y que dejan de serlo habiendo almas que en espíritu siempre los acompañan, como lámparas vivas del divino Solitario.

Al **comulgatorio** va el alma eucarística con fe y gran aprecio del **don de Dios**, sabiendo que es el alimento necesario de la vida sobrenatural del cristiano; por eso comulga con frecuencia o todos los días, como aquellos primeros cristianos que de su comunión diaria sacaban aquel espíritu de fe y aquel valor que admiró al mundo y llenó de santos el cielo.

Va a la comunión no apoyándose en la sensibilidad de un fervor pasajero, sino adorando a su Dios con sencilla reverencia, entregándose a El, así como El se entrega a nosotros, y pidiéndole todo lo que tiene preparado para el alma, especialmente luz y verdad.

"Envíame, Señor, tu luz y tu verdad" para ver las cosas todas como son a tus divinos ojos y no me desvíe la mentira del mundo.

Luego, durante el día, aunque el alma no lo recuerde siempre, todo es para agradecer a Dios el beneficio de la comunión, y para que El acabe su obra en el alma.

Al **altar**, va a ofrecer a Dios Padre el Sacrificio de su Hijo y Nuestro Señor Jesucristo, uniéndose a sus

intenciones del calvario y del altar.

Ofrece la Santa Misa en unión del celebrante, y sabe que es el mismo sacrificio del Calvario, de valor infinito, porque es el mérito de Dios humanado.

La Santa Misa resume los cuatro sacrificios de la Ley Antigua:

Sacrificio latréutico (de adoración), impetratorio (para pedir gracias), propiciatorio (para aplacar la justicia divina) y eucarístico (de acción de gracia).

Para hacernos mejor cargo del mérito de una sola misa, supongamos que todos los 3.500 millones de habitantes del mundo conocieran ya al verdadero Dios y le adoraran con profunda veneración, y que todos los ángeles, Santos y bienaventurados del cielo se unen a esta adoración; y supongamos más: que todos los millones de estrellas que hay en todas las nebulosas estuvieran pobladas de serafines, unidos todos a esta adoración.

¡Cuánta gloria para Dios!

Pues bien, una sola Misa da más gloria a Dios que todo lo que hemos supuesto.

La razón es muy sencilla.

La adoración de todas las criaturas que hemos dicho es de mérito finito (pues aunque es muchísimo, tiene límite), y el mérito de una sola misa es infinito (porque es el mérito de Dios Hijo que se ofrece, y es mérito divino).

Comparemos lo limitado con lo infinito y veremos la excelencia y mérito de la Santa Misa.

Por eso una sola Misa, oída con atención y devo-

ción, agrada más a Dios y aprovecha más al alma que todo lo bueno que pueda hacer durante el día.

Pero durante la Santa Misa no deben rezarse otras devociones, sino ir siguiendo el Santo Sacrificio con el misal de los fieles.

Va creciendo cada día más, gracias a Dios, el número de los cristianos que, conocedores del espíritu litúrgico, usan el misal de los fieles, con gran provecho de sus almas.

Dios quiera que cada uno de ellos se convierta en Apóstol de este espíritu litúrgico, que tanto ha de contribuir a la renovación del espíritu cristiano en nuestros días.

SER LIRIO ENTRE ESPINAS

La vida eucarística de la Iglesia naciente es la que produjo aquella floración santa de pureza cristiana que embalsamó al mundo pagano, tan sensual y corrompido.

A más vida eucarística, más pureza de costumbres.

La comunión da fuerzas para mortificarse y vencer las pasiones; y las mortificaciones vienen a ser como las espinas que circundan y defienden el lirio fragante de la pureza cristiana.

La sociedad moderna, tan paganizada, necesita que los cristianos de espíritu y verdad esparzan el buen olor de Cristo con el buen ejemplo en todas partes, siendo lirios entre espinas.

CAPITULO XVI

DEVOCION Y FIDELIDAD AL ESPIRITU SANTO.

¿Qué enseña la Iglesia referente al Espíritu Santo?

1.º La obra del Espíritu Santo: es santificador de todos los cristianos.
2.º La acción del Espíritu Santo por medio de sus dones.
3.º Conducta de Dios en la purificación de las almas.
4.º Necesidad de nuestra cooperación a la obra del Espíritu Santo: Amor y fidelidad.

SEGUNDO MEDIO

DEVOCION Y FIDELIDAD AL ESPIRITU SANTO

Hemos visto que el ideal cristiano es vivir vida sobrenatural, y que esta vida sobrenatural es obra de la gracia, pudiendo decir todo cristiano como decía de sí mismo el Apóstol San Pablo:

"Por la gracia de Dios soy lo que soy."

Ahora bien, la gracia de Dios se derrama en nuestras almas por el Espíritu Santo.

Luego si la gracia es el elemento fundamental de la vida cristiana, y ésta nos viene por el Espíritu Santo, el medio que hemos de emplear para conseguir el ideal cristiano es acudir al Espíritu Santo y ser fieles a su acción santificadora.

Con ser esto tan importante, es por desgracia lo más descuidado o ignorado de los cristianos.

Y había llegado este olvido a tal extremo, que hubo un escritor satírico impío que se burlaba del Espíritu Santo, haciéndolo blanco de sus sátiras, por el olvido en que los mismos cristianos le tenían.

Hizo notar ese mismo olvido el Papa León XIII, y acudió a remediarlo con su Encíclica "Divinum illud",

donde en la parte dispositiva manda que se instruya al pueblo cristiano con especial celo e interés en todo lo referente al Espíritu Santo y a su acción santificadora; mandando asimismo que se celebre en todo el mundo católico, como así se hace, la Novena del Espíritu Santo en tiempo de Pentecostés.

Pero hay todavía muchos cristianos que no se acaban de enterar de la importancia que tiene, ni del interés que en ello pone la Iglesia nuestra Madre.

¿QUE ENSEÑA LA IGLESIA REFERENTE AL ESPIRITU SANTO?

La Iglesia nos enseña que el Espíritu Santo es la tercera persona de la Santísima Trinidad; pero que no es posterior en tiempo, ni menor en dignidad, sino un **Solo Dios**, con el Padre y con el Hijo.

Así como el Verbo es la Sabiduría eterna de Dios; el Espíritu Santo es el amor eterno que procede del Padre y del Hijo, como de un solo principio.

El misterio de la Santísima Trinidad es la verdad fundamental de toda nuestra fe católica.

Misterio que Dios se dignó revelarnos por su Hijo humanado y que nosotros debemos recibir y adorar con humilde rendimiento, sin querer escudriñar lo que no se puede comprender.

La ciencia no puede explicar el misterio; dejaría de ser misterio si pudiera explicarse, como tantos otros misterios de la naturaleza que la ciencia se ve obligada a reconocer sin saberlos explicar.

Pero lo que sí que puede la ciencia es refutar todas las objeciones que se presenten contra esta verdad de fe. Demostrando así que el misterio no es **contra** razón, sino que está **sobre** la razón.

Adoremos con reverencia a nuestro Dios, Uno y Trino; y cuando le invoquemos ("diciendo: en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo", o "gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo") que no sea distraidamente.

LA OBRA DEL ESPIRITU SANTO

Aunque en Dios, por ser simplicísimo, es todo una misma cosa; sin embargo, en la Sagrada Escritura las obras del poder se atribuyen al Padre; las de sabiduría, al Hijo, y las obras de amor, al Espíritu Santo.

Y como la obra del amor por excelencia es elevar las almas a la vida sobrenatural y purificarlas hasta la santidad, por eso la formación cristiana, desde el principio hasta la más alta perfección, es obra del Espíritu Santo.

Si nos fijamos en el Nuevo Testamento, veremos al Espíritu Santo presidir los actos de la Iglesia desde Pentecostés, cuando, descendiendo visiblemente sobre los Apóstoles, obra en ellos aquella admirable transformación.

Llenó su inteligencia de luz para acabar de entender la doctrina de Jesucristo, y su voluntad de **valor** para confesar la fe hasta el martirio.

Esa misma luz y fortaleza recibían los primeros cris-

tianos al descender sobre ellos visiblemente el Espíritu Santo en el Bautismo e imposición de las manos de los Apóstoles.

Luz que les hacía ver la verdad e importancia de las cosas eternas, y fortaleza para desprenderse de las cosas temporales, seguir el camino arduo del vencimiento propio y acompañar a Jesucristo por su camino de cruz.

Desde entonces el Espíritu Santo es el que ha formado esa legión de cristianos de viva fe y de vida interior, que en todo tiempo ha tenido la Iglesia y que ahora debe crecer más que nunca.

Es, pues, el Espíritu Santo el formador y santificador de los cristianos, y a El debemos acudir si queremos llenar los designios de Dios.

ACCION DEL ESPIRITU SANTO POR MEDIO DE SUS DONES

El Espíritu Santo, como queda dicho, toma posesión de nuestra alma en el momento del Bautismo; y llegado el uso de razón, según el grado de docilidad, va desarrollando en el alma gradualmente los dones que al principio depositó.

Y mediante su labor divina **purifica** e **ilumina** al alma, y llega hasta **unirla** a Dios por la práctica del total abandono en manos de su Providencia.

Empieza su acción el Espíritu Santo por el Don de **temor**, produciendo en el alma un deseo de purificación que suele cristalizar en una buena confesión ge-

neral, prácticas de penitencia y mayor frecuencia de Sacramentos.

Este **primer trayecto** de la vida espiritual se llama **vía purgativa** (o de purificación), porque la obra principal de la gracia, durante el mismo, es **purificar** al alma de sus pecados pasados e introducirla a mayor piedad y confianza en Dios por el Don de Piedad filial.

Si el cristiano es fiel y perseverante en la obra de purificación, pronto notará los efectos de la acción del Espíritu Sánto en el **segundo trayecto** de la vida espiritual, llamado **vía iluminativa.**

Pues **verá** cada vez más claro la importancia de las cosas eternas y la vanidad de las cosas temporales.

Entenderá cada vez mejor la esencia de la virtud y perfección cristiana.

Conocerá claramente la mano de la Providencia en todos los acontecimiento.

Antes veía y razonaba las cosas **humanamente**, tenía criterio humano; ahora razona de otra manera (a lo cristiano), pues aprecia las cosas con la **luz** de la fe, como son a los ojos de Dios y no a los ojos del mundo.

Este cambio de cristerio produce un cambio muy notable en la vida del cristiano que muchos notarán y no todos aprobarán. Por lo mismo que (aun sin pretenderlo) pondrá en evidencia su falta de espíritu cristiano.

Aquí hay que vencer con fortaleza todo respeto humano.

En este segundo trayecto obran principalmente los

dones de **ciencia** (la ciencia de los santos, no la ciencia humana que enseñan los hombres), y de **fortaleza**, para vender el cansancio y rebeldía de la naturaleza, superar todo respeto humano y seguir el camino que se ve con más claridad.

Ultimamente, el Espíritu Santo conduce al cristiano por el **tercer trayecto** del camino de su formación, llamado **vía unitiva**, porque llega a unir de tal suerte la voluntad libre del hombre con la voluntad de Dios, que bien se puede afirmar que ese cristiano ya no tiene más querer ni no querer, que el de Dios; vive de voluntad de Dios, por el puro deseo de agradarle.

Es la realización del ideal cristiano.

Este último trayecto obran los Dones más subidos, pues es también lo más subido y perfecto del camino de la formación del cristiano.

Conviene notar que si bien los tres trayectos de la formación se denominan: vía purgativa, vía iluminativa y vía unitiva; no son tres vías, sino un solo camino con tres trayectos, cada uno más perfecto y subido, hasta llegar al grado de perfección que Dios quiere del alma.

Interesa, pues, a todos los cristianos el conocimiento del camino que deben recorrer en su formación si no quieren presentarse delante de Dios sin haber cumplido lo que El quiere y pedirá entonces con rigor.

Son muchos los que, habiendo emprendido este camino y seguido algún tiempo fervorosamente, luego lo abandonaron por no tener en cuenta la conducta de Dios en la purificación de las almas.

CONDUCTA DE DIOS EN LA PURIFICACION DE LAS ALMAS

Suele Dios, por lo general, consolar grandemente al alma cuando empieza su purificación, llenándola de paz, alegría y fervor sensible.

Esta paz, alegría y gusto en las cosas de Dios, es para que el alma se engolosine (como dice Santa Teresa) en las cosas del espíritu y se desprenda de las cosas del mundo, que de otra manera difícilmente dejaría.

Pero a medida que el alma se va perfeccionando, Dios la despoja de los consuelos sensibles para que haga las cosas más puramente por El.

A los fervores del principio suceden la aridez y sequedad de espíritu: un fastidio, aburrimiento y cansancio de las cosas espirituales: ganas de abandonar este camino de vencimiento para volver al camino ancho de las inclinaciones naturales que siguen los del mundo.

Pero si el alma persevera durante esa prueba, que podríamos llamar el **túnel** del camino, pasada la prueba vuelve la luz de la consolación con más resplandor que al principio.

Recordemos lo que les pasó a los Santos Reyes Magos.

Al emprender el camino en busca del Dios humanado, brilla ante ellos la estrella que les guía.

Pasado algún tiempo, desaparece la estrella; y por haber perseverado poniendo los medios que estaban a su alcance, aparece de nuevo la estrella y les lleva a los

pies del Redentor.

Dios pone a prueba el amor de las almas que le siguen (pues el amor que no es probado no es amor) y premia divinamente a los que perseveran en la prueba.

NECESIDAD DE NUESTRA COOPERACION A LA OBRA DEL ESPIRITU SANTO: AMOR Y FIDELIDAD

Nos conviene formar la resolución de que, pase lo que pase, siempre adelante.

Y tengamos en cuenta lo que dice San Buenaventura:

Que en este camino, cuando el alma siente cansancio, si se esfuerza en continuar, en el mismo esfuerzo halla el refrigerio.

Por eso las almas esforzadas son las que alcanzan el reino de Dios.

Así conduce y prueba el Espíritu Santo a las almas por el camino de su perfeccionamiento hasta realizar en ellas (si le dejan libertad de acción) el plan divino.